

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

LA CRUZ DEL DIABLO





*Que lo creas o no, me importa bien poco.
Mi abuelo se lo narró a mi padre, mi padre me
lo ha referido a mí, y yo te lo cuento ahora,
siquiera no sea más que por pasar el rato.*

I

El crepúsculo¹ comenzaba a extender sus ligeras alas de vapor sobre las pintorescas² orillas del Segre, cuando, después de una fatigosa³ jornada, llegamos a Bellver, término de nuestro viaje.

Bellver es una pequeña población situada a la falda de una colina, por detrás de la cual se ven elevarse, como las gradas de un colosal anfiteatro de granito, las empinadas⁴ y nebulosas crestas⁵ de los Pirineos.

Los blancos caseríos⁶ que la rodean, salpicados aquí y allá sobre una ondulante sabana de verdura, parecen a lo lejos un bando de palomas que han abatido su vuelo para apagar su sed en las aguas de la ribera.

10 Una pelada roca, a cuyos pies tuercen estas su curso, y sobre cuya cima⁷ se notan aún remotos vestigios de construcción, señala la antigua línea divisoria entre el condado de Urgel y el más importante de sus feudos.

A la derecha del tortuoso sendero que conduce a este punto, remontando la corriente del río y siguiendo sus curvas y frondosas márgenes, se encuentra
15 una cruz. El asta⁸ y los brazos son de hierro; la redonda base en que se apoya, de mármol, y la escalinata⁹ que a ella conduce, de oscuros y mal unidos fragmentos de sillería¹⁰.

La destructora acción de los años, que ha cubierto de orín¹¹ el metal, ha roto y carcomido¹² la piedra de este monumento, entre cuyas hendiduras¹³
20 crecen algunas plantas trepadoras¹⁴ que suben enredándose hasta coronarlo, mientras una vieja y corpulenta encina la sirve de dosel¹⁵.

Yo había adelantado algunos minutos a mis compañeros de viaje y deteniendo mi escuálida¹⁶ cabalgadura¹⁷, contemplaba en silencio aquella cruz, muda y sencilla expresión de las creencia y la piedad de otros siglos.

25 Un mundo de ideas se agolpó a mi imaginación en aquel instante. Ideas ligerísimas sin forma determinada, que unían entre sí, como un visible hilo de luz, la profunda soledad de aquellos lugares, el alto silencio de la naciente noche y la vaga melancolía de mi espíritu.

Impulsado de un sentimiento religioso, espontáneo e indefinible, eché
30 maquinalmente pie a tierra, me descubrí y comencé a buscar en el fondo de mi memoria una de aquellas oraciones que me enseñaron cuando niño; una de aquellas oraciones que, cuando más tarde se escapan involuntarias de nuestros labios, parece que aligeran el pecho oprimido y semejantes a las lágrimas, alivian el dolor, que también toma estas formas para evaporarse.

NOTAS

1crepúsculo: claridad que hay al amanecer y al anochecer.

2pintoresca: que resulta característico y típico de un lugar

3fatigosa: que causa fatiga, cansancio.

4empinadas: altas y de pendiente pronunciada.

5crestas: picos de una montaña

6caseríos: conjunto de casas más pequeño que un pueblo.

7cima: parte más alta de un terreno elevado

8asta: palo de la bandera.

9escalinata: escalera, generalmente adornada y lujosa, que facilita la entrada a un edificio o se incorpora en su vestíbulo principal.

10sillería: conjunto de asientos unidos unos a otros, como los del coro de las iglesias.

11orín: óxido rojizo que se forma en la superficie del hierro por la acción del aire húmedo.

12carcomer: corroer, consumir poco a poco.

13hendidura: grieta más o menos profunda en una superficie.

14trepadora: que trepa agarrándose a los árboles o a algunas superficies

15dosel: mueble que a cierta altura cubre o resguarda un altar, sitial, lecho, etc., adelantándose en pabellón horizontal y cayendo por detrás a modo de colgadura.

16escuálido: flaco, macilento, esquelético:

17cabalgadura: animal cuadrúpedo usado para cabalgar o como bestia de carga



35 Ya había comenzado a murmurarla, cuando de improviso sentí que me sacudían con violencia por los hombros. Volví la cara: un hombre estaba al lado mío.

Era una de nuestros guías, natural del país, el cual, con una indescriptible expresión de terror pintada en el rostro, pugnaba¹⁸ por arrastrarme consigo
40 y cubrir mi cabeza con el fieltro¹⁹ que aún tenía en mis manos.

Mi primera mirada, mitad de asombro, mitad de cólera, equivalía a una interrogación enérgica, aunque muda. El pobre hombre, sin cejar en su empeño de alejarme de aquel sitio, contestó a ella con estas palabras, que entonces no pude comprender, pero en las que había un acento de verdad que
45 me sobrecogió²⁰:

-¡Por la memoria de su madre! ¡Por lo más sagrado que tenga en el mundo, señorito, cúbrase usted la cabeza y aléjese más que de prisa de esta cruz! ¡Tan desesperado está usted que, no bastándole la ayuda de Dios, recurre a la del demonio!

50 Yo permanecí un rato mirándole en silencio. Francamente, creí que estaba loco; pero él prosiguió con igual vehemencia²¹:

-Usted busca la frontera; pues bien: si delante de esa cruz le pide usted al cielo que le preste ayuda, las cumbres de los montes vecinos se levantarán en una sola noche hasta las estrellas invisibles, sólo porque no encontremos
55 la raya en toda nuestra vida.

Yo no pude menos que sonreírme.

-¿Se burla usted?... ¿Cree acaso que esa es una cruz santa, como la del porche de nuestra iglesia?...

-¿Quién lo duda?

60 -Pues se engaña usted de medio a medio; porque esa cruz, salvo lo que tiene de Dios, esta maldita...; esa cruz pertenece a un espíritu maligno, y por eso la llaman La cruz del Diablo.

-¡La cruz del diablo!- repetí, cediendo a sus instancias, sin darme cuenta a mí mismo del involuntario temor que comenzó a apoderarse de mi espíritu, y que me rechazaba como una fuerza desconocida de aquel lugar-. ¡La cruz del Diablo! ¡Nunca ha herido mi imaginación una amalgama²² más disparatada²³ de dos ideas tan absolutamente enemigas!... ¡Una cruz...y del diablo! ¡Vaya, vaya! ¡Fuerza será que en llegando a la población me expliques este monstruoso absurdo.

70 Durante este corto diálogo, nuestros camaradas que habían montado sus cabalgaduras, se nos reunieron al pie de la cruz; yo les explique en breves palabras lo que acababa de sucederme: monte nuevamente en mi rocín²⁴, y las campanas de la parroquia llamaban lentamente a la oración cuando nos apeamos en el más escondido y lóbrego²⁵ de los paradores de Bellver.

NOTAS

18pugnar: pelear, luchar, contender

19fieltro: especie de paño no tejido que resulta de prensar borra, lana o pelo

20sobrecoger: sobresaltar, pillar de repente y desprevenido

21vehemencia: obrar de forma irreflexiva, dejándose llevar por los impulsos.

22amalgama: mezcla de cosas de naturaleza distinta

23disparatar: hablar o actuar sin sentido y sin lógica

24rocín: caballo de trabajo.

25lóbrego: oscuro, tenebroso, triste, melancólico



II

75 Las llamas rojas y azules se enroscaban²⁶ chisporroteando²⁷ a lo largo del grueso tronco de encina que ardía en el ancho hogar; nuestras sombras, que se proyectaban temblando sobre los ennegrecidos muros, se empequeñecían o tomaban formas gigantescas, según la hoguera despedía resplandores más o menos brillantes; el vaso de saúco²⁸, ora vacío, ora lleno, y no de agua como cangilón²⁹ de noria había dado tres veces la vuelta en derredor del círculo que formábamos junto al fuego, y todos esperaban con impaciencia la historia de La cruz del Diablo, que a guisa³⁰ de postres de la frugal³¹ cena que acabábamos de consumir se nos había prometido, cuando nuestro guía tosió por dos veces, se echó al coleteo³² un último trago de vino, limpióse con el revés de la mano la boca y comenzó de este modo:

- Hace mucho tiempo, mucho tiempo, yo no sé cuánto, pero los moros ocupaban la mayor parte de España, se llamaban condes nuestros reyes, y las villas y aldeas pertenecían en feudo a ciertos señores que, a su vez, prestaban homenaje a otros más poderosos, cuando acaeció³³ lo que voy a referir a ustedes.

Concluida esta breve introducción histórica, el héroe de la fiesta guardó silencio durante algunos segundos, como para coordinar sus recuerdos, y prosiguió así:

-Pues es el caso que en aquel tiempo remoto esta villa y algunas otras formaban parte del patrimonio de un noble barón, cuyo castillo señorial se levantó por muchos siglos sobre la cresta del peñasco³⁴ que baña el Segre, del cual toma su nombre.

Aún testifican la verdad de mi relación algunas informes ruinas que, cubiertas de jaramago³⁵ y musgo³⁶, se alcanzan a ver sobre su cumbre desde el camino que conduce a este pueblo.

No se si, por ventura o desgracia, quiso la suerte que este señor, a quien por su crueldad detestaban sus vasallos, y por sus malas cualidades ni el rey admitía en la corte, ni sus vecinos en el hogar, se aburriese de vivir solo con su mal humor y sus ballesteros³⁷ en lo alto de la roca en que sus antepasados colgaron su nido de piedra.

Devanábase noche y día los sesos en busca de alguna distracción propia de su carácter, lo cual era bastante difícil después de haberse cansado, como ya lo estaba, de mover guerra a sus vecinos, apalea a sus servidores y ahorcar a sus súbditos.

En esta ocasión, cuentan las crónicas que se le ocurrió, aunque sin ejemplar, una idea feliz.

Sabiendo que los cristianos de otras poderosas naciones se prestaban a partir juntos con una formidable armada a un país maravilloso para conquistar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, que los moros tenían en su poder, se determinó a marchar en su seguimiento.

NOTAS

26enroscar: torcer en forma de rosca o espiral una cosa.

27chisporrotear: despedir chispas reiteradamente el fuego o un cuerpo encendido.

28saúco: arbusto grande de la familia de las caprifoliáceas, de hojas aserradas, acres y malolientes, fruto en baya de color negruzco o rojo, que crece en regiones montañosas de Europa y cuyas flores en inflorescencias se usan en medicina para favorecer la transpiración.

29cangilón: vasija de barro o metal que sirve para sacar agua de los pozos y ríos, atada con otras a una marmora doble que descansa sobre la rueda de la noria.

30guisa: modo, manera o semejanza de algo.

31frugal: escaso o moderado en comer y beber

32coleteo: vestidura de piel que cubre el cuerpo, ciñéndolo hasta la cintura a modo de casaca.

33acaecer: suceder, producirse un hecho

34peñasco: peña grande y elevada.

35jaramago: nombre común de diversas especies de plantas herbáceas crucíferas, de hojas ásperas y partidas en lóbulos, flores amarillas en espigas terminales y fruto en vainas delgadas, casi cilíndricas, que brotan generalmente entre los escombros.

36musgo: cada una de las plantas briofitas, con hojas provistas de pelos absorbentes, que crecen abundantemente sobre las piedras, cortezas de árboles, el suelo y otras superficies sombrías.

37ballesteros: hombre que disparaba con la ballesta o servía con ella en la guerra



Si realizó esta idea con objeto de purgar sus culpas, que no eran pocas, derramando su sangre en tan justa empresa, o con el de transplantarse a un punto donde sus malas mañas³⁸ no conociesen, se ignora; pero la verdad del caso es que, con gran contentamiento de grandes y chicos, de vasallos y de
120 iguales, allegó³⁹ cuanto dinero pudo, redimió⁴⁰ a sus pueblos del señorío mediante una gruesa cantidad, y no conservando de propiedad suya más que el peñón del Segre y las cuatro torres del castillo, herencia de sus padres, desapareció de la noche a la mañana.

La comarca entera respiró en libertad durante algún tiempo, como si despertara de una pesadilla.
125

Ya no colgaban de los árboles de sus sotos⁴¹, en vez de frutos, racimos⁴² de hombres; las muchachas del pueblo no temían al salir con su cántaro a la cabeza a tomar agua de la fuente del camino, ni los pastores llevaban sus rebaños al Segre por sendas impracticables y ocultas, temblando encontrar a
130 cada revuelta de la trocha⁴³ a los ballesteros de su muy amado señor.

Así transcurrió el espacio de tres años; la historia del Mal caballero, que sólo por este nombre se le conocía, comenzaba a pertenecer al exclusivo dominio de las viejas, que en las eternas veladas del invierno las relataban con voz hueca y temerosa a los asombrados chicos: las madres asustaban a los
135 pequeñuelos incorregibles o llorones diciéndoles: <<¡Que viene el señor del Segre!>>, cuando he aquí que no sé si un día o una noche, si caído del cielo o abortado de los profundos, el temido señor apareció efectivamente y, como suele decirse, en carne y hueso, en mitad de sus antiguos vasallos.

Renuncio a describir el efecto de esta desagradable sorpresa. Ustedes se
140 lo podrán figurar, mejor que yo pintarlo, sólo con decirles que tornaba reclamando sus vendidos derechos; que si malo se fue, peor volvió, y si pobre y sin crédito se encontraba antes de partir a la guerra, ya no podía contar con más recursos que su despreocupación, su lanza y una media docena de aventureros tan desalmados y perdidos como su jefe.

Como era natural, los pueblos se resistieron a pagar tributos que a tanta
145 costa habían redimido; pero el señor puso fuego a sus heredades, a sus alquerías⁴⁴ y a sus mieses⁴⁵.

Entonces apelaron a la justicia del rey; pero el señor se burló de las cartas - leyes de los condes soberanos, las clavó en el postigo⁴⁶ de sus torres y colgó
150 a los farautes⁴⁷ de una encina.

Exasperados, y no encontrando otra vía de salvación, por último, se pusieron de acuerdo entre sí, se encomendaron a la Divina Providencia y tomaron las armas; pero el señor reunió a sus secuaces, llamó en su ayuda al diablo, se encaramó a su roca y se preparó a la lucha.

Esta comenzó terrible y sangrienta. Se peleaba con todas armas, en todos
155 sitios y a todas horas, con la espada y el fuego, en la montaña y en la llanura, en el día y durante la noche. Aquello no era pelear para vivir: era vivir para pelear.

NOTAS

38mañas: vicio o mala costumbre

39allegar: arrimar o acercar una cosa a otra

40redimir: poner término a algún vejamen, dolor, penuria u otra adversidad o molestia.

41soto: sitio que en las riberas o vegas está poblado de árboles y arbustos

42racimo: conjunto de frutos que cuelgan de un mismo tallo, especialmente en la vid

43trocha: camino abierto en la maleza

44alquería: granja o casa de labranza situada lejos de una población

45mieses: campos sembrados, normalmente de algún tipo de cereal (trigo, cebada, centeno,...).

46postigo: cada una de las puertas pequeñas que hay en las ventanas o puertaventanas.

47faraute: persona que actúa de mensajero entre personas distantes y que confían en ella.



Al caso, triunfó la causa de la justicia. Oigan ustedes cómo:

160 Una noche oscura, muy oscura, en que no se oía ni un rumor en la tierra ni brillaba un solo astro en el cielo, los señores de la fortaleza, engreídos por una reciente victoria, se repartían el botín y, ebrios⁴⁸ con el vapor de los licores, en mitad de la boca y estruendosa orgía, entonaban sacrílegos⁴⁹ cantares en loor⁵⁰ de su infernal patrono.

165 Como dejo dicho, nada se oía en derredor del castillo, excepto el eco de las blasfemias⁵¹, que palpitaban perdidas en el sombrío seno de la noche, como palpitan las almas de los condenados envueltas en los pliegues del huracán de los infiernos.

170 Ya los descuidados centinelas habían fijado algunas veces sus ojos en la villa, que reposaba silenciosa, y se habían dormido sin temor a una sorpresa, apoyados en el grueso tronco de sus lanzas, cuando he aquí que algunos aldeanos, resueltos a morir y protegidos por la sombra, comenzaron a escalar el enhiesto⁵² peñón⁵³ del Segre, a cuya cima tocaron a punto de medianoche.

175 Una vez en la cima, lo que faltaba por hacer fue obra de poco tiempo: los centinelas salvaron de un solo salto el valladar⁵⁴ que separa al sueño de la muerte; el fuego, aplicado con teas de resina al puente y al rastrillo⁵⁵, se comunicó con la rapidez del relámpago a los muros, y los escaladores, favorecidos por la confusión y abriéndose paso entre las llamas, dieron fin con los habitantes de aquella guarida en un abrir y cerrar los ojos. Todos perecieron.

180 Cuando el cercano día comenzó a blanquear las altas copas de los enebros, humeaban aún los calcinados escombros de las desplomadas torres; y a través de sus anchas brechas, chispeando al herirla la luz, y colgada de uno de los negros pilares de la sala del festín, era fácil divisar la armadura del temido jefe, cuyo cadáver, cubierto de sangre y de polvo, yacía entre los desgarrados tapices y las calientes cenizas, confundido con los de sus oscuros compañeros.

185 El tiempo pasó; comenzaron los zarzales⁵⁶ a rastrear por los desiertos patios, la hiedra⁵⁷ a enredarse en los oscuros machones⁵⁸ y las campanillas azules a mecerse colgadas de las ruinosas almenas. Los desiguales soplos de la brisa, el graznido de las aves nocturnas y el rumor de los reptiles que se deslizaban entre las altas hierbas, turbaban sólo de vez en cuando el silencio de la muerte de aquel lugar maldecido; los insepultos huesos de sus antiguos moradores blanqueaban al rayo de la luna, y aún podía verse el haz de armas del señor del Segre colgado del negro pilar de la sala del festín.

195 Nadie osaba tocarle; pero corrían mil fábulas acerca de aquel abandonado objeto, causa incesante de hablillas⁵⁹ y terrores para los que le miraban llamear⁶⁰ durante el día, herido por la luz del sol, o creían percibir en las altas horas de la noche el metálico son de sus piezas, que chocaban entre sí cuando las movía el viento, con un gemido prolongado y triste.

NOTAS

48**ebrio**: que tiene sus capacidades físicas o mentales mermadas por causa de un excesivo consumo de bebidas alcohólicas

49**sacrílego**: quien profana cosa, persona o lugar sagrados.

50**loor**: elogio, alabanza.

51**blasfemia**: palabra injuriosa contra Dios, la Virgen o los santos.

52**enhiesto**: levantado, derecho, erguido.

53**peñón**: monte donde hay muchas peñas.

54**valladar**: obstáculo que impide el paso.

55**rastrillo**: instrumento que consiste en un mango largo cruzado por un travesaño con púas o dientes por su cara inferior y que se emplea para barrer paja, hierba, hojas, etc.

56**zarzal**: sitio poblado de zarzas

57**hiedra**: planta araliácea trepadora de ramas sarmentosas con hojas perennes de color verde oscuro partidas en cinco lóbulos, flores de color amarillo verdoso y fruto en bayas negruzcas del tamaño de un guisante.

58**machón**: pilar de madera

59**hablilla**: rumor, cuento, mentira que corre en el vulgo.

60**llamear**: echar llamas



200 A pesar de todos los cuentos que a propósito de la armadura se fraguaron,
y que en voz baja se repetían unos a otros los habitantes de los alrededores,
no pasaban de cuentos, y el único mal positivo que de ello resultó se redujo
entonces a una dosis de miedo más que regular, que cada uno de por sí se
esforzaba en disimular lo posible, haciendo, como decirse suele, de tripas co-
205 razón.

Si de aquí no hubiera pasado la cosa, nada se habría perdido. Pero el dia-
blo, que a lo que parece no se encontraba satisfecho de su obra, sin duda con
el permiso de Dios, y a fin de hacer purgar⁶¹ a la comarca algunas culpas, vol-
vió a tomar cartas en el asunto.

210 Desde este momento las fábulas, que hasta aquella época no pasaron de
un rumor vago y sin viso alguno de verosimilitud, comenzaron a tomar con-
sistencia y a hacerse de día en día más probables.

En efecto, hacía algunas noches que todo el pueblo había podido observar
un extraño fenómeno.

215 Entre las sombras, a lo lejos, ya subiendo las retorcidas cuestas del peñón
del Segre, ya vagando entre las ruinas del castillo, ya cerniéndose, al apare-
cer, en los aires, se veían correr, cruzarse, esconderse y tornar a aparecer
para alejarse en distintas direcciones, unas luces misteriosas y fantásticas,
cuya procedencia nadie sabía explicar.

220 Esto se repitió por tres o cuatro noches durante el intervalo de un mes, y
los confusos aldeanos esperaban, ansiosos, el resultado de aquellos conciliáb-
ulos⁶² diabólicos que ciertamente no se hizo aguardar mucho, cuando tres
o cuatro alquerías incendiadas, varias reses desaparecidas y los cadáveres de
algunos caminantes despeñados en los precipicios pusieron en alarma todo
225 el territorio en diez leguas a la redonda.

Ya no quedó duda laguna. Una banda de malhechores se albergaba en los
subterráneos del castillo.

Estos, que sólo se prestaban al principio muy de tarde en tarde y en de-
terminados puntos del bosque que aún en el día se dilata a lo largo de la ri-
230 bera, concluyeron por ocupar casi todos los desfiladeros de las montañas,
emboscarse en los caminos, saquear los valles y descender como un torrente
a la llanura, donde, a este quiero, a este no quiero, no dejaban títere⁶³ con
cabeza.

Los asesinatos se multiplicaban, las muchachas desaparecían, los niños
235 eran arrancados de las cunas, a pesar de los lamentos de sus madres, para
servirlos en diabólicos festines, en que, según la creencia general, los vasos
sagrados sustraídos de las profanadas iglesias servían de copa.

El terror llegó a apoderarse de los ánimos en un grado tal, que al toque de
oraciones nadie se aventuraba a salir de su casa, en la que no siempre se
240 creían seguros de los bandidos del peñón.

Mas ¿quiénes eran estos? ¿De dónde habían venido? ¿Cuál era el nombre
de su misterioso jefe? He aquí el enigma que todos querían explicar y que

NOTAS

61purgar: limpiar o purificar una cosa, eliminar lo que se considera malo o perjudicial.

62conciliábulo: reunión, general-
mente ilegal o ilegítima, para tratar
de algo que se desea mantener
oculto

63títere: persona que actúa mane-
jada por otra o que carece de inicia-
tiva.



nadie podía resolver hasta entonces, aunque se observase, desde luego, que la armadura del señor feudal había desaparecido del sitio que antes ocupara
245 y posteriormente varios labradores hubiesen afirmado que el capitán de
aquella desalmada gavilla⁶⁴ marchaba a su frente, cubierto con una que, de
no ser la misma, se le asemejaba en un todo.

Cuanto queda repetido, si se le despoja de esa parte de fantasía con que
el miedo abulta y completa sus creaciones favoritas, nada tiene en sí de so-
250 brenatural y extraño.

¿Qué cosa más corriente en unos bandidos que las ferocidades con que
estos se distinguían, ni más natural que el apoderarse su jefe de las abando-
nadas armas del señor del Segre?

Sin embargo, algunas revelaciones hechas antes de morir por uno de sus
255 secuaces⁶⁵, prisionero en las últimas refriegas⁶⁶, colmar⁶⁷ la medida, preocu-
pando el ánimo de los más incrédulos. Poco más o menos, el contenido de su
confesión fue éste:

«-Yo -dijo- pertenezco a una noble familia. Los extravíos⁶⁸ de mi juventud,
mis locas prodigalidades⁶⁹ y mis crímenes, por último, atrajeron sobre mi ca-
260 beza la cólera de mis deudos y la maldición de mi padre, que me desheredó
al expiar. Hallándome solo y sin recursos de ninguna especie, el diablo, sin
duda, debió sugerirme la idea de reunir algunos jóvenes que se encontraban
en una situación idéntica a la mía, los cuales, seducidos con la promesa de un
porvenir de disipación⁷⁰, libertad y abundancia, no vacilaron un instante en
265 suscribir a mis designios.

Estos se reducían a formar una banda de jóvenes de buen humor, des-
preocupados y poco temerosos del peligro, que desde allí en adelante vivirían
alegremente del producto de su valor y a costa del país, hasta tanto que Dios
se sirviera disponer de cada uno de ellos conforme a su voluntad, según hoy
270 a mí me sucede.

Con esto objeto, señalamos esta comarca para teatro de nuestras expedi-
ciones futuras y escogimos como punto el más a propósito para nuestras
reuniones el abandonado castillo del Segre, lugar seguro no tanto por su po-
sición fuerte y ventajosa como por hallarse defendido contra el vulgo por las
275 supersticiones y el miedo.

Congregados una noche bajo sus ruinosas arcadas, alrededor de una ho-
guera que iluminaba con su rojizo resplandor las desiertas galerías, trabóse
una acalorada disputa sobre cuál de nosotros había de ser elegido jefe.

Cada uno alegó sus méritos: yo expuse mis derechos; ya los unos murmu-
280 raban entre sí con ojeadas amenazadoras, ya los otros, con voces descom-
puestas por la embriaguez⁷¹, habían puesto la mano sobre el pomo de sus
puñales para dirimir la cuestión, cuando de repente oímos un extraño crujir
de armas acompañado de pisadas huecas y sonantes, que de cada vez se ha-
cían más distintas. Todos arrojamos a nuestro alrededor una inquieta mirada
285 de desconfianza; nos pusimos de pie y desnudamos nuestros aceros, deter-
minados a vender caras las vidas; pero no pudimos por menos de permanecer

NOTAS

64gavilla: haz de sarmientos, mie-
ses

65secuaz: que sigue el partido, doc-
trina u opinión de otro.

66refriega: batalla de poca impor-
tancia.

67colmar: llenar un recipiente de
modo que el contenido levante más
que los bordes

68extravío: desorden en las cos-
tumbres.

69prodigalidad: desperdicio, con-
sumo de la propia hacienda, gas-
tando excesivamente.

70disipación: disolución, relaja-
miento moral

71embriaguez: turbación pasajera
de los sentidos por el exceso de al-
cohol ingerido



inmóviles al ver adelantarse con paso firme e igual un hombre de elevada estatura, completamente armado de la cabeza al pie y cubierto el rostro con la visera⁷² del casco, el cual, desnudando su montante, que dos hombres podrían
290 apenas manejar, y poniéndose sobre uno de los carcomidos fragmentos de las rotas arcadas, exclamo con una voz hueca y profunda, semejante al rumor de una caída de aguas subterráneas:

“Si alguno de vosotros se atreve a ser el primero mientras yo habite en el castillo del Segre, que tome esa espada, signo del poder”.

295 Todos guardamos silencio, hasta que, transcurrido el primer momento de estupor, le proclamamos a grandes voces nuestro capitán, ofreciéndole una copa de nuestro vino, la cual rehusó por señas acaso por no descubrirse la faz, que en vano procuramos distinguir a través de las rejillas de hierro que la ocultaba a nuestros ojos.

300 No obstante, aquella noche pronunciamos el más formidable de los juramentos, y a la siguiente dieron principio nuestras nocturnas correrías. En ellas, nuestro misterioso jefe marcha siempre delante de todos. Ni el fuego le ataja, ni los peligros le intimidan, ni las lágrimas le conmueven. Nunca despliega sus labios; pero cuando la sangre humea en nuestras manos, como cuando los
305 templos se derrumban calcinados por las llamas; cuando las mujeres huyen espantadas entre las ruinas, y los niños arrojan gritos de dolor, y los ancianos perecen a nuestros golpes, contesta con una carcajada de feroz alegría a los gemidos, las imprecaciones y los lamentos.

Jamás se desnuda de sus armas ni abate la visera de su casco después de la
310 victoria, ni participa del festín, ni se entrega al sueño. Las espadas que le hieren se hunden entre las piezas de su armadura, y ni le causan la muerte ni se retirarán teñidas en sangre; el fuego enrojece su espaldar⁷³ y su cota⁷⁴, y aún prosigue impávido⁷⁵ entre las llamas, buscando nuevas víctimas; desprecia el oro, aborrece la hermosura y no le inquieta la ambición.

315 Entre nosotros, unos le creen un extravagante; otros, un noble arruinado, que por un resto de pudor se tapa la cara, y no falta quien se encuentra convencido de que es el mismo diablo en persona».

El autor de estas revelaciones murió con la sonrisa de la mofa en los labios y sin arrepentirse de sus culpas. Varios de sus iguales le siguieron en diversas
320 épocas al suplicio; pero el temible jefe, a quien continuamente se unían nuevos prosélitos⁷⁶, no cesaba en sus desastrosas empresas.

Los infelices habitantes de la comarca, y de cada vez más aburridos y desesperados, no acertaban ya con la determinación que debería tomarse para concluir de un todo con aquel orden de cosas, cada día más insoportable y
325 triste.

Inmediato a la villa, y oculto en el fondo de un espeso bosque, vivía a esta sazón, en una pequeña ermita dedicada a San Bartolomé, un santo hombre, de costumbres piadosas y ejemplares, a quien el pueblo tuvo siempre en olor de santidad merced a sus saludables consejos y acertadas predicciones.

NOTAS

72visera: pieza móvil del casco que cubre el rostro

73espaldar: parte de la coraza que sirve para cubrir y defender la espalda.:

74cota: malla de hierro entrelazada con que se cubría el cuerpo un caballero.

75impávido: que no siente miedo y se mantiene sereno ante las situaciones adversas

76prosélito: partidario que se gana para una facción, parcialidad o doctrina.



330 Este venerable ermitaño, a cuya prudencia y proverbial sabiduría encomendaron los vecinos de Bellver la resolución de este difícil problema, después de implorar la misericordia divina por medio de su santo patrono, que, como ustedes no ignoraran, conoce al diablo muy de cerca y en más de una ocasión le ha atado bien corto, les aconsejó que se emboscasen⁷⁷ durante la
335 noche al pie del pedregoso camino que sube serpenteando por la roca en cuya cima se encontraba el castillo, encargándoles al mismo tiempo que, ya allí, no hiciesen uso de otras armas para aprehenderlo que de una maravillosa oración que les hizo aprender de memoria y con lo cual aseguraban las crónicas que San Bartolomé había hecho al diablo su prisionero.

340 Púsose en práctica el proyecto, y su resultado excedió a cuantas esperanzas se habían concebido, pues aún no iluminaba el sol del otro día la alta torre de Bellver, cuando sus habitantes, reunidos en grupos en la plaza mayor, se contaban unos a otros, con aire de misterio, cómo aquella noche, fuertemente atado de pies y manos, y a los lomos de una poderosa mula, había en-
345 trado en la población el famoso capitán de los bandidos del Segre.

De que artes se valieron los acometedores de esta empresa para llevarla a término, ni nadie se lo acertaba a explicar ni ellos mismos podían decirlo; pero el hecho era que, gracias a la oración del santo o al valor de sus devotos, la cosa había sucedido tal como se refería.

350 Apenas la novedad comenzó a extenderse de boca en boca y de casa en casa, la multitud se lanzó a las calles con ruidosa algazara⁷⁸ y corrió a reunirse a las puertas de la prisión. La campana de la parroquia llamó a consejo, y los vecinos más respetables se juntaron en capítulo, y todos aguardaban ansiosos la hora en que el reo había de comparecer ante sus improvisados jueces.

355 Estos, que se encontraban autorizados por los condes de Urgel para administrarse por sí mismos pronta y severa justicia sobre aquellos malhechores, deliberaron un momento, pasado el cual mandaron comparecer al delincuente a fin de notificarle su sentencia.

Como dejo dicho, así en la plaza mayor como en las calles por donde el
360 prisionero debía atravesar para dirigirse al punto en que sus jueces se encontraban, la impaciente multitud hervía como un apiñado enjambre de abejas. Especialmente en la puerta de la cárcel, la conmoción popular tomaba de cada vez mayores proporciones. Y ya los animados diálogos, los sordos murmullos y los amenazadores gritos comenzaban a poner en cuidado a sus guardas,
365 cuando, afortunadamente, llegó la orden de sacar al reo⁷⁹.

Al aparecer éste bajo el macizo arco de la portada de su prisión, completamente vestido de todas armas y cubierto el rostro con la visera, un sordo y prolongado murmullo de admiración y de sorpresa se elevó de entre las compactas masas del pueblo, que se abrían con dificultad para dejarle paso.

NOTAS

77emboscar: ocultarse entre el ramaje.

78algazara: ruido, griterío de gente que está alegre o se divierte

79reo: persona que por haber cometido una culpa merece castigo.



370 Todos habían reconocido en aquella armadura la del señor del Segre; aque-
lla armadura objeto de las más sombrías tradiciones mientras se la vio sus-
pendida de los arruinados muros de la fortaleza maldita.

Las armas eran aquellas, no cabía duda alguna. Todos habían visto flotar el
negro penacho de su cimera⁸⁰ en los combates que un tiempo trabaran contra
375 su señor; todos lo habían visto agitarse al soplo de la brisa del crepúsculo, a
par de la hiedra del calcinado pilar en que quedaron colgadas a la muerte de
su dueño. Mas ¿quién podría ser el desconocido personaje que entonces las
llevaba? Pronto iba a saberse. Al menos, así se creía. Los sucesos dirán cómo
esta esperanza queda frustrada a la manera de otras muchas y por qué de
380 este solemne acto de justicia, del que debía aguardarse el completo esclare-
cimiento de la verdad, resultaron nuevas y más inexplicables confusiones.

El misterioso bandido penetró al fin en la sala del Concejo, y un silencio
profundo sucedió a los rumores que se elevaran de entre los circunstantes al
oír resonar bajo las altas bóvedas de aquel recinto el metálico son de sus aci-
385 cates⁸¹ de oro. Uno de los que componían el tribunal, con voz lenta e insegura,
le preguntó su nombre, y todos prestaron el oído con ansiedad para no perder
una sola palabra de su respuesta; pero el guerrero se limitó a encoger sus
hombros ligeramente, con un aire de desprecio e insulto que no pudo menos
de irritar a sus jueces, los que se miraron entre sí sorprendidos.

390 Tres veces volvió a repetirle la pregunta, que otras tantas obtuvo seme-
jante o parecida contestación.

-¡Que se levante la visera! ¡Que se descubra! ¡Que se descubra! -comen-
zaron a gritar los vecinos de la villa presentes al acto-. ¡Que se descubra! ¡Ve-
remos si se atreve entonces a insultarnos con su desdén como ahora la hace
395 protegido por el incógnito!

-Descubríos -repitió el mismo que anteriormente le dirigiera la palabra.

El guerrero permaneció impasible.

-Os lo mando en el nombre de nuestra autoridad.

La misma contestación.

400 -En el de los condes soberanos.

Ni por esas.

La indignación llegó a su colmo, hasta el punto que uno de sus guardas,
lanzándose sobre el reo, cuya pertinacia en callar bastaría a apurar la aparien-
cia de un santo, le abrió violentamente la visera. Un grito de general sorpresa
405 se escapó del auditorio, que permaneció por un instante herido de un incon-
cebible estupor.

La cosa no era para menos. El casco, cuya férrea visera se veía en parte
levantada hasta la frente, en parte caída sobre la brillante gola de acero, es-
taba vacío..., completamente vacío.

NOTAS

80cimera: parte superior del mo-
rrión, que se solía adornar con plu-
mas y otras cosas.

81acicate: espuela con una sola
punta para montar a la jineta



410 Cuando pasado ya el primer momento de terror, quisieron tocarle, la armadura se estremeció ligeramente y, descomponiéndose en piezas, cayó al suelo con un ruido sordo y extraño.

La mayor parte de los espectadores, a la vista del nuevo prodigio, abandonaron tumultuosamente la habitación y salieron despavoridos a la plaza.

415 La nueva se divulgó con la rapidez del pensamiento entre la multitud que aguardaba impaciente el resultado del juicio, y fue tal la alarma, la revuelta y la vocería, que ya a nadie cupo duda sobre lo que de pública voz se aseguraba; esto es, que el diablo, a la muerte del señor del Segre, había heredado los feudos de Bellver.

420 Al fin se apaciguó⁸² el tumulto⁸³ y decidióse volver a un calabozo la maravillosa armadura.

Ya en él, despacháronse cuatro emisarios que, en representación de la atribulada⁸⁴ villa, hiciesen presente el caso al conde de Urgel y al arzobispo, los que no tardaron muchos días en tornar con la resolución de estos personajes,

425 resolución que como suele decirse, era breve y compendiosa⁸⁵.

-Cuélguese -les dijeron- la armadura en la plaza mayor de la villa, que si el diablo la ocupa, fuerza le será el abandonarla o ahorcarse con ella.

Encantados los habitantes de Bellver con tan ingeniosa solución, volvieron a reunirse en consejo, mandaron levantar una horca⁸⁶ en la plaza y cuando ya

430 la multitud ocupaba sus avenidas, se dirigieron a la cárcel por las armas, en corporación y con toda la solemnidad que la importancia del caso requería.

Cuando la respetable comitiva llegó al macizo arco que daba entrada al edificio, un hombre pálido y descompuesto se arrojó al suelo en presencia de los aturcidos circunstantes, exclamando con las lágrimas en los ojos:

435 -¡Perdón, señores, perdón!

-¡Perdón! ¿Para quién? -dijeron algunos-. ¿Para el diablo que habita dentro de la armadura del señor del Segre?

-Para mí -prosiguió con voz trémula el infeliz, en quien todos reconocieron al alcaide de las prisiones-, para mí... Porque las armas... han desaparecido.

440 Al oír estas palabras el asombro se pintó en el rostro de cuantos se encontraban en el pórtico, que, mudos e inmóviles, hubieran permanecido en la posición en que se encontraban dios sabe cuánto si la siguiente relación del guardián no las hubiera hecho agruparse en su alrededor para escuchar con avidez⁸⁷.

445 -Perdonadme, señores -decía el pobre alcaide-, perdonadme y yo no os ocultare nada; si quiera sea en contra mía.

Todos guardaban silencio, y él prosiguió así:

NOTAS

82apaciguar: poner en paz, sosegar, aquietar

83tumulto: confusión, alboroto producido por una multitud.

84atribulada: apenada, atormentada.

85compendiosa: que reúne o engloba resumidamente muchas cosas.

86horca: palo que termina en dos o más puntas con el cual los labradores hacían las mieses, levantan la paja y revuelven la parva

87avidez: con ansia.



-Yo no acertaré nunca a dar la razón; pero es el caso que la historia de las armas vacías me pareció siempre una fábula tejida en favor de algún noble personaje a quien tal vez altas razones de conveniencia pública no permitían descubrir ni castigar. En esta creencia estuve siempre, creencia en que no podía menos de confirmarme la inmovilidad en que se encontraban desde que por segunda vez tornaron a la cárcel traídas del Concejo. En vano una noche y otra, deseando sorprender su misterio, si misterios en ellas había, me levantaba poco a poco y aplicaba el oído a los intersticios⁸⁸ de la ferrada puerta de su calabozo: ni un rumor se percibía. En vano procuré observarlas a través de un pequeño agujero producido en el muro. Arrojadadas sobre un poco de paja, y en uno de los más oscuros rincones, permanecían un día y otro descompuestas e inmóviles. Una noche, por último, agujoneado por la curiosidad y deseando convencerme por mi mismo de que aquel objeto de terror nada tenía de misterioso, encendí un linterna, bajé a las prisiones, levanté sus dobles aldabas⁸⁹ y, no cuidando siquiera (tanta era mi fe en que todo no pasaba de un cuento) de cerrar las puertas tras de mí, penetré en el calabozo. Nunca lo hubiera hecho. Apenas anduve unos pasos, las luz de mi linterna se apagó por sí sola y mis dientes comenzaron a chocar y mis cabellos a erizarse. Turbando el profundo silencio que me rodeaba, había oído como un ruido de hierros que se removían y chocaban al unirse entre las sombras. Mi primer movimiento fue arrojarme a las puertas para cerrar el paso; pero al asir sus hojas sentí sobre mis hombros una mano formidable cubierta con un guantelete⁹⁰, que, después de sacudirme con violencia, me derribó sobre el dintel. Allí permanecí hasta la mañana siguiente, que me encontraron mis servidores falto de sentido y recordando sólo que después de mi caída había creído percibir confusamente como unas pisadas sonoras, al compás de las cuales resonaba un rumor de espuelas, que poco a poco se fue alejando hasta perderse.

Cuando concluyó el alcaide reinó un silencio profundo al que se siguió luego un infernal concierto de lamentaciones, gritos y amenazas.

Trabajo costó a los más pacíficos el contener al pueblo que, con la novedad, pedía a grandes voces la muerte del curioso autor de su nueva desgracia.

480 Al cabo logróse apaciguar el tumulto y comenzaron a disponerse a una nueva persecución. Esta obtuvo también un resultado satisfactorio.

Al cabo de algunos días, la armadura volvió a encontrarse en poder de sus perseguidores. Conocida la fórmula, y mediante la ayuda de San Bartolomé, la cosa no era ya muy difícil.

485 Pero aún quedaba algo por hacer, pues en vano, a fin de sujetarla, la colgaron de una horca; en vano emplearon la más exquisita vigilancia con el objeto de quitarle toda ocasión de escarparse por esos mundos. En cuanto a las desunidas armas veían dos dedos de luz se encajaban y, piano pianito, volvían a tomar el trote⁹¹ y a emprender de nuevo sus excursiones por montes y llanos, que era una bendición del cielo. Aquello era el cuento de nunca acabar.

NOTAS

88intersticio: hendidura o espacio, por lo común pequeño

89aldaba: barreta de metal o travesaño de madera con que se aseguran, después de cerrados, los postigos o puertas.

90guantelete: pieza de la armadura con que se guarnecía la mano.

91trote: modo de andar las caballerías y otros animales semejantes, que consiste en avanzar saltando, con apoyo alterno del pie y la mano contrapuestos



En tan angustiosa situación, los vecinos se repartieron entre sí las piezas de la armadura, que acaso por centésima vez se encontraba en sus manos, y rogaron al piadoso eremita que un día los iluminó con sus consejos decidiera lo que debía hacerse con ella.

495 El santo varón ordenó al pueblo una penitencia general. Se encerró por tres días en el fondo de la caverna que le servía de asilo, y al cabo de ellos dispuso que se fundiesen las diabólicas armas, y con ellas y algunos sillares del castillo del Segre se levantase una cruz.

La operación se llevó a término, aunque no sin que nuevos y aterradores prodigios llenasen de pavor⁹² al ánimo de los consternados⁹³ habitantes de Bellver.

En tanto que las piezas arrojadas a las llamas comenzaban a enrojecerse, largos y profundos gemidos parecían escarparse de la ancha hoguera, de entre cuyos troncos saltaban como si estuvieran vivas y sintiesen la acción del fuego. Una tromba de chispas rojas, verdes y azules danzaban en la cúspide de sus encendidas lenguas y se retorció crujiendo como si una legión de diablos cabalgando sobre ellas, pugnasen⁹⁴ por libertar a su señor de aquel tormento.

Extraña, horrible fue la operación en tanto que la candente⁹⁵ armadura perdía su forma para tomar la de una cruz. Los martillos caían resonando con un espantoso estruendo sobre el yunque⁹⁶, al que veinte trabajadores vigorosos sujetaban las barras del hirviente metal, que palpitaba y gemía al sentir los golpes.

Ya se extendían los brazos del signo de nuestra redención, ya comenzaba a formarse la cabecera, cuando la diabólica y encendida masa se retorció de nuevo como una convulsión espantosa y, rodeándose al cuerpo de los desgraciados que pugnaban por desasirse de sus abrazos de muerte, se enroscaba en anillos como una culebra o se contraía en zigzag como un relámpago.

El constante trabajo, la fe, las oraciones y el agua bendita consiguieron, por último, vencer al espíritu infernal y la armadura se convirtió en una cruz.

Esa cruz es la que hoy habéis visto, y a la cual se encuentra sujeto el diablo, que le presta su nombre. Ante ella, ni las jóvenes colocan en el mes de mayo ramilletes⁹⁷ de lirios, ni los pastores se descubren al pasar, ni los ancianos se arrodillan, bastando apenas las severas amonestaciones⁹⁸ del clero para que los muchachos no la apedreen.

Dios ha cerrado sus oídos a cuantas plegarias se le dirigen en su presencia. En el invierno, los lobos se reúnen en manadas junto al enebro⁹⁹ que la protege para lanzarse sobre las reses; los bandidos esperan a su sombra a los caminantes, que entierran a su pie después que los asesinan, y cuando la tempestad se desata, los rayos tuercen su camino para liarse, silbando, al asta de esa cruz y romper los sillares de su pedestal.

NOTAS

92pavor: temor, con espanto o sobresalto.

93consternado: abatido

94pugnar: batallar, combatir

95candente: dicho de un cuerpo, generalmente metal: Que se enrojece o blanquea por la acción del calor.

96yunque: prisma de hierro acorado, a veces con punta en uno de los lados, que se emplea para forjar metales

97ramilletes: ramo pequeño de flores o hierbas

98amonestación: advertencia, reprimenda

99enebro: arbusto de la familia de tres a cuatro metros de altura, con tronco ramoso, copa espesa, hojas lineales de tres en tres, rígidas, punzantes, blanquecinas por la cara superior y verdes por el margen y el envés, flores en amentos axilares, escamosas, de color pardo rojizo, y por frutos bayas elipsoidales o esféricas de cinco a siete milímetros de diámetro, de color negro azulado, con tres semillas casi ovaladas, pero angulosas en sus extremos. La madera es rojiza, fuerte y olorosa.